
LIBRO CUARTO.

CAPITULO I.

Napoleon manifiesta su satisfacion. « Soldados, dice, la segunda guerra de Polonia ha comenzado : la primera concluyó en Friedland y Tilsit. En Tilsit la Rusia juró eterna alianza á la Francia y guerra á la Inglaterra, hoy viola sus juramentos, no quiere dar una explicacion de su extraña conducta hasta que las águilas francesas vuelban á pasar el Rhin, dejando nuestros aliados á su discrecion... La Rusia se deja arrastrar por la fatalidad, y sus destinos deben cumplirse. ¿Nos cree acaso degenerados? No somos ya los mismos soldados de Austerlitz? Nos coloca entre

el deshonor y la guerra; nuestra eleccion no podrá ser dudosa. Marchemos pues adelante, pasemos el Niemen, llevemos la guerra á su territorio. La segunda guerra de Polonia será tan gloriosa como la primera á las armas francesas : mas la paz que concluiremos traerá consigo la garantía, pondrá un término á la funesta influencia que la Rusia egerce hace cincuenta años sobre los negocios de la Europa.»

Estas palabras, que entonces se creian proféticas, eran las que convenian para una expedicion casi fabulosa. Preciso era invocar el destino y dar un entero crédito á su influencia, cuando iban á sacrificarse tantos hombres y tanta gloria.

Tambien el emperador Alejandro arengó á su ejército, pero en otros términos. En las proclamas de este, algunos vieron la diferencia que existia entre ambos pueblos, entre ambos soberanos, y su mutua posicion. En efecto la una era defensiva, sencilla y moderada, y la otra ofensiva, llena de audacia y respirando la victoria : la

primera se apoyó en la religion, la segunda en el hado; aquella en el amor á la patria, y esta en el de la gloria; pero en una ni otra no se habló de la libertad de la Polonia que era el verdadero motivo de la guerra.

Marchábamos hácia oriente, con nuestra izquierda al norte, y nuestra derecha al mediodia. Por la derecha la Volhinia nos esperaba con el mayor anhelo; en el centro Vilna, Minsk, toda la Lituania y la Samogitia; y á nuestra izquierda la Curlandia y la Livonia esperaban silenciosamente cual seria su suerte.

El ejército de Alejandro que ascendia á trescientos mil hombres, se componia de aquellos diversos pueblos. Napoleon ya lo habia juzgado así desde las orillas del Vistula, desde Dresde, ó por mejor decir antes de salir de Paris. Habia visto que su centro mandado por Barclay, se extendia desde Vilna y Kowno hasta Lida y Grodno, apoyándose á derecha en el Vilia y á izquierda en el Niemen.

Este rio cubria el frente de los Rusos por el recodo que hace de Grodno á Kowno; pues el Niemen solo entre estas dos ciudades se presentaba opuesto á nuestro ataque y servia de frontera á la Lituania siguiendo su curso hácia el norte; porque antes de Grodno y despues de Kowno corren sus aguas hácia el oeste.

Al sur de Grodno, Bagration con sesenta mil hombres hácia Wolkowisk; y al norte de Kowno, en Rossiana y Keydani, Wittgenstein con veinte y seis mil hombres, guarnecian esta frontera natural con sus bayonetas.

Al mismo tiempo en Lutsk en la Volhinia se reunia otro egército de cincuenta mil hombres, llamado de reserva, para contener aquella provincia y observar los movimientos de Schwartzemberg, el cual lo mandaba Tormasof, hasta que el tratado que estaba próximo á firmarse en Bucharest hubiese permitido reunírsele Tehitchakof y la mayor parte del egército de Moldavia.

Alejando, y bajo sus órdenes su ministro de la guerra Barclay de Tolly, dirigian todas estas fuerzas. Dividiáanse en tres egércitos, llamados: primero de occidente, al mando de Barclay; segundo de occidente, al de Bagration, y egército de reserva, al de Tormasof. Se formaban otros dos cuerpos; el uno en Mozyr, en las cercanías de Bobruik, y el otro en Riga y Dinaburgo: las reservas estaban en Vilna y en Swentziany. Ultimamente, se levantaba un vasto campo atrincherado delante de Drissa en un recodo del Düna.

Napoleon juzgó que esta posicion á espaldas del Niemen, no era ofensiva ni defensiva, y que el egército ruso no estaba muy bien colocado para verificar una retirada; que este egército extendido en una línea de sesenta leguas podia verse sorprendido, como así le sucedió: aunmas, que la izquierda de Barclay y todo el egército de Bagration, hallándose situados en Lida y Volkowisk, delante de los pantanos del Berezina que cubrian en

vez de cubrirse con ellos, podrian verse rechazados, arrinconados y cogidos en aquellas lagunas, ó por lo menos que un ataque repentino y directo sobre Kowno y Vilna, les cortaria de su línea de operaciones que señalaba Swentziany, y el campo atrincherado de Drissa.

En efecto, Doctorof y Bagration estaban ya separados de aquella línea, y en vez de sostenerse en masa con Alejandro delante los caminos que conducen al Dūna para defenderlos ó servirse de ellos, estaban á cuarenta leguas sobre su derecha.

Por todos estos motivos dividió Napoleon sus fuerzas en cinco egércitos. Mientras que Schwartzemberg, saliendo de la Galicia con sus treinta mil Austriacos, cuyo número tiene orden de exagerar cuanto pueda, contendrá Tormasof, y atraerá Bagration hácia el sur, mientras que el rey de Westfalia, con sus ochenta mil hombres, tendrá ocupado de frente á este general hácia Grodno, sin atacarle

con demasiado ahinco, y que el virey de Italia hácia Pilony, estará preparado á interponerse entre el dicho Bagration y Barclay; en fin mientras que Macdonald en el extremo izquierdo saliendo por Tilsit, invadirá el norte de la Lituania, tirando á la derecha de Wittgenstein; Napoleon con doscientos mil hombres se precipitará sobre Kowno, Vilna y su rival, y lo derrotará del primer golpe.

Si el emperador ruso cede y se retira, lo empujará hácia Drissa y hasta el nacimiento de su línea de operaciones, y al mismo tiempo destacando tropas á la derecha, envolverá á Bagration, y todos los cuerpos de la izquierda de los Rusos que por medio de esta irrupcion se verán separados de su derecha.

Voy hacer un corto resumen de la historia de nuestras dos alas, para venir inmediatamente á la del centro y ocuparme sin distraccion á reproducir las grandes escenas que en él se pasaron.

Macdonald mandaba el ala izquierda ; su invasion apoyándose en el Báltico tocaba el ala derecha de los Rusos y amenazaba Revel, despues Riga y hasta Petersburgo. Riga tardó poco á verle; la guerra se fijó bajo sus murallas, y aunque poco importante, fue sostenida por Macdonald con cordura, ciencia y gloria, aun en su retirada, que no le fue ordenada por el invierno ni por el enemigo, sino por Napoleon.

En cuanto á nuestra ala derecha, el emperador habia contado con el apoyo de la Turquía, mas este le faltó : habia pensado que el ejército ruso de Volhinia seguiria el movimiento general de retirada de Alejandro, mas Tormasof al contrario, avanzó sobre nuestra retaguardia, quedándose el ejército frances descubierto en peligro de ser rodeado en estas dilatadas llanuras, donde no ofreciendo la naturaleza ningun apoyo como á el ala izquierda, era necesario

apoyarse en sí mismo ; á cuyo fin quedaron en observacion cuarenta mil Austriacos, Sajones y Polacos.

Tormasof fué derrotado, pero un ejército disponible en virtud de la paz de Bucharest, vino á reunirse á los restos del primero, y desde entonces la guerra en este punto fué únicamente defensiva. Hizose débilmente segun era de esperar, aunque con este ejército de Austriacos hubiese Polacos y un general frances, el cual era proclamado obstinadamente por la fama, á pesar de sus reveses, y esto no era por capricho.

Ningun suceso, ningun empeño fué decisivo ; mas la posicion de este cuerpo casi todo austriaco, se hizo mucho mas importante cuando el grande ejército se retiró sobre él. Se juzgará si Schwartzemberg engañó su confianza ; si nos dejó envolver sobre el Berezina, y si es verdad que pareció entonces no querer ser mas que un testigo armado de este gran debate.

CAPITULO II.

En medio de estas dos alas marchaba el grande ejército hácia el Niemen en tres masas separadas: el rey de Westfalia con ochenta mil hombres se dirigia sobre Grodno; el virey de Italia con sesenta y cinco mil hombres sobre Pilyony; Napoleon con doscientos veinte mil sobre Noga-raiski, quinta situada á tres leguas de Kowno, en la parte superior. El 23 de junio antes del dia, la columna imperial llegó al Niemen, aunque sin verlo; pues los bordes del gran bosque prusiano de Pilwisky y las colinas que orillan el rio, ocultaban este grande ejército dispuesto á franquearlo.

Napoleon que hasta allí habia ido en coche, montó á caballo á las dos de la mañana, reconoció el rio ruso sin dis-

frazarse como se ha dicho equivocadamente, pero cubriéndose de la noche para franquear esta frontera que cinco meses despues solo pudo pasar favorecido de igual oscuridad: al parecer ante las orillas, repentinamente su caballo cayó y le precipitó sobre la arena: una voz exclamó: « Esto es mal presagio; un Romano retrocederia. » Se ignora si fué él ó alguno de la comitiva que pronunció estas palabras.

Hecho el reconocimiento, ordenó que á la caída del dia siguiente se echasen tres puentes sobre el rio cerca de la aldea de Ponienmen, y se retiró á su cuartel, donde pasó todo el dia ya en su tienda, ya en una casa polonesa, recostado, sin fuerzas y como inmóvil, en medio de un calor pesado y buscando en vano el descanso.

Llegada la noche se aproximó al rio: algunos zapadores en una barquilla fueron los primeros que lo pasaron, admitiéndose de abordar sin obstáculo en

la orilla rusa. Allí encuentran la paz, de su lado está la guerra; todo es calma en esta tierra extranjera que les han pintado tan peligrosa; sin embargo, á poco rato se les presentó un simple oficial de Cosacos, comandante de una patrulla, estaba solo, parecia creerse en una completa paz é ignorar que toda la Europa armada se halla delante de él. Pregunta á estos extranjeros que eran. — « Franceses, respondieron ellos. — ¿Qué queréis? replicó el oficial, ¿y á qué venis á Rusia? » Un zapador le respondió con aspereza: « A haceros la guerra, á tomar Vilna, y librar la Polonia. » El Cosaco se retira y desaparece entre los bosques; tres soldados nuestros que se internaron á reconocerlos, llevados del ardor, dispararon sus armas.

De este modo el débil ruido de tres fusiles á que nadie respondió, nos advirtió de que se abria una nueva campaña y que se habia comenzado una grande invasion. Esta primer señal de guerra irritó vio-

lentamente al emperador, fuese prudencia ó presentimiento, trescientos cazadores pasaron inmediatamente el rio para proteger la construccion de los puentes.

Entonces salieron de los valles y del bosque todas las columnas francesas, avanzando silenciosamente hasta el rio al favor de una profunda obscuridad; era menester tocarse para reconocerse. Prohibióse el hacer fuegos y aun el hacer chispas: se descansó con las armas á la mano como en presencia del enemigo. Los centenos verdes y mojados por un copioso rocío, sirvieron de cama á los hombres y de sustento á los caballos.

La noche, su frescura que interrumpia el sueño, su obscuridad que alarga las horas y aumenta las necesidades, en fin los peligros del dia siguiente, todo hacia grave esta posicion; mas la esperanza de un gran dia animaba. Acababa de leerse la proclama de Napoleon, repetíanse en voz baja los pasages mas notables y el

genio de las conquistas inflamaba nuestra imaginacion.

Delante de nosotros estaba la frontera rusa, ya nuestras miradas ansiosos, buscaban en medio de la obscuridad esta tierra prometida á nuestra gloria; ya nos parecia oír los gritos de alegría de los Lituanienses á la llegada de sus libertadores: nos figurábamos este rio coronado con sus manos suplicantes: aquí todo nos faltaba, allá todo se nos prodigaría; ellos proveerian á porfia á nuestras necesidades, y estaríamos rodeados de amor y reconocimiento. ¿Qué importa una mala noche, el dia iba bien pronto á nacer y con él, el calor y las ilusiones. Pareció el dia, y no mostrándonos mas que arena árida, desierta y bosques lóbregos y silenciosos: nuestros ojos entonces volviéndose tristemente hácia nosotros nos sentimos de nuevo animados de orgullo y esperanza, con el espectáculo imponente de nuestro ejército.

A trescientos pasos del rio sobre la altura mas elevada se descubria la tienda del emperador, al rededor de ella todas las colinas, cuevas y valles estaban cubiertos de hombres y caballos. Cuando la tierra hubo presentado al sol todas estas masas movibles, revestidas de lucientes armas, se dió la señal, é inmediatamente esta multitud comenzó á desfilar en tres columnas hácia los tres puentes. Se las veia serpentear bajando la pequeña llanura que las separaba del Niemen, acercarse, tomar los tres pasos, prolongarse y estrecharse para atravesarlos, y pisar en fin este suelo extranjero que iban á devastar y que bien pronto debian cubrir con sus inmensos despojos.

El ardor era tan grande que dos divisiones de vanguardia disputándose el honor de pasar primero estuvieron cerca de venir á las manos, y hubo alguna dificultad en calmarlas. Napoleon se apresuró á poner el pie en las tierras rusas; hizo sin titubear este primer paso hácia su pérdida;

se detuvo cerca del puente animando á los soldados con sus miradas : todos le saludaron con el grito acostumbrado, y parecian mas animados que él, sea que sentia sobre su corazon el peso de tan grande agresion, sea que su cuerpo debilitado no podia soportar el excesivo calor, ó bien que se admirase de no hallar nada que vencer.

Impacientóse al fin ; de repente se abalanzó en el pais, é introduciéndose en el bosque que limitaba el rio ; corria con toda la celeridad de su caballo ; en su agitacion parecia que él solo queria encontrar al enemigo. En esta direccion hizo mas de una legua siempre en la misma soledad, volviése despues cerca de los puentes, de donde siguiendo el rio se dirigió con su guardia hacia Kowno.

Creíamos oir á lo lejos el ruido del cañon, escuchábamos marchando de que lado se habia empeñado el combate ; mas á excepcion de algunas patrullas de cosacos, tanto en este dia como en los siguientes, solo el cielo se mostró nuestro

enemigo. En efecto, á penas el emperador habia pasado el rio, cuando un ruido sordo habia agitado el aire, á poco rato se oscureció el cielo, levantóse el viento que nos trajo los siniestros bramidos del trueno. Este cielo amenazador y esta tierra sin abrigo nos entristecia, algunos que poco antes eran entusiastas, estaban atemorizados como de un funesto presagio, creian que estas nubes inflamadas se amontonaban sobre nosotros y bajaban á esta tierra para impedirnos la entrada.

Es verdad que esta tronada fué grande como la empresa ; por espacio de muchas horas estas negras y espesas nubes pasaron sobre todo nuestro ejército, de la derecha á la izquierda, y sobre cincuenta leguas de circuito fué todo él amenazado de sus fuegos y agoviado de sus torrentes : los caminos y los campos fueron inundados, el insoportable calor de la atmósfera se cambió repentinamente en un frio desagradable. Diez mil caballos perecieron en la marcha y en los bivaques siguientes,

una gran cantidad de equipages quedó abandonada en las arenas, y muchos hombres sucumbieron.

Un convento sirvió de abrigo al emperador contra el primer furor de la tempestad, luego salió para Kowno donde reinaba el mayor desorden. El estrépito de los truenos había cesado, y parecía se olvidaban ya aquellos ruidos amenazadores que todavía resonaban sobre nuestras cabezas, pues aunque este fenómeno común en aquella estación ha podido sorprender algunos espíritus, para la mayor parte ha concluido el tiempo de los presagios. Un septicismo irgenioso en unos, indolente y grosero en otros, las pasiones terrestres y las necesidades imperiosas han distraído el alma de los hombres de este cielo de donde viene y á donde ha de volver. Así es que en este gran desastre, el ejército solamente vió un accidente natural acaecido mal á propósito, y lejos de reconocer la reprobación de tan grande agresión de que él no era responsable, solo halló un

motivo de enojarse contra la suerte ó el cielo, que por casualidad ó por lo que quiera, le daba un presagio tan terrible.

El mismo día siguió una desgracia particular á este desastre general: mas allá de Kowno, Napoleon se irrita contra el río Vilia, cuyo puente habían roto los Cosacos, que se oponía al paso de Oudinot. Afectó despreciarlo como lo hacía con todo lo que oponía obstáculos, y mandó á un escuadrón de Polacos de la guardia que se arrojasen en el río: estas tropas elegidas se precipitaron sin vacilar.

Al principio marcharon en orden, cuando les faltó el fondo redoblaron sus esfuerzos, y bien pronto llegaron á nado hasta el medio de la corriente donde siendo esta mucho mas rápida los desunió. Entonces los caballos derivan, se separan y se dejan arrastrar por la violencia de las aguas; ya no nadan mas, y flotan dispersos; los ginetes luchan y se debaten vanamente, la fuerza les abandona, y en fin se resignan. Su pérdida es cierta, mas se sa-

crifican por su patria, ante ella y por su libertador, y ya próximos á verse sumergidos, suspenden sus inútiles esfuerzos y exclaman, volviendo la cabeza hácia Napoleón: « *Viva el emperador.* » Notáronse particularmente tres que teniendo todavía la boca fuera del agua repitieron este grito y perecieron en seguida. El ejército estaba sobrecogido de horror y de admiración.

Napoleón ordenó vivamente y con precisión todo lo necesario para salvar la mayor parte, pero sin parecer conmovido, fuese costumbre de dominarse, fuese que en la guerra miraba como debilidades las emociones del corazón, de que no debía dar ejemplo y que era necesario reprimir, ó fuese en fin que entoviese otras desgracias mayores ante las cuales esta no era nada.

Un puente puesto sobre este río condujo al mariscal Oudinot y el segundo cuerpo hácia Keydani; entretanto el resto del ejército pasaba todavía el Niemen, para lo cual necesitó tres días enteros. El

ejército de Italia no lo pasó hasta el 29 delante de Pilyony: el del rey de Wessphalia no entró en Grodno hasta el 30.

De Kowno, el emperador se puso en dos días en los desfiladeros que defienden la llanura de Vilna, donde esperó los partes de sus avanzadas antes de dejarse ver. Esperaba que Alejandro le disputaría esta capital, y el ruido de algunos tiros le disonaba ya su esperanza, cuando vinieron á noticiarle que la ciudad estaba abierta: entonces avanzó pensativo y descontento, acusando á sus generales de vanguardia de haber dejado escapar el ejército ruso. Dirigió este reproche á Montbrun, el más activo de todos, y se acaloró hasta amenazarle: palabras sin efecto, violencia sin consecuencias, que en un hombre de acción son menos culpables que notables, porque probaban la importancia que ponía en obtener una pronta victoria.

En medio de su enojo tomó muy acertadas disposiciones para entrar en Vilna, se hizo preceder y seguir por regimientos

polacos; pero mas ocupado de la retirada de los Rusos que de los gritos de admiracion y agradecimiento de los Lituanenses, atravesó rápidamente la ciudad y corrió á las avanzadas. Muchos de los mejores húsares del 8º, empeñados en un bosque sin ser sostenidos, perecieron bajo los esfuerzos de la guardia rusa: su comandante Segur (1) despues de una defensa desesperada cayó cubierto de heridas.

El enemigo habia quemado sus puentes, sus almacenes y huia par varios caminos, todos en la direccion de Drissa. Napoleón hizo replegar lo que el fuego habia perdonado, y restablecer las comunicaciones: envió Murat y su caballería sobre las huellas de Alejandro, al mismo tiempo que destacó á Ney sobre su izquierda para apoyar Oudinot, quien en aquel mismo dia arrolló á Wittgenstein desde Develtowo hasta Wilkomir; volvióse despues á Vilna á ocupar el lugar de Alejandro.

(1) Hermano del autor.

En esta ciudad le esperaban los mapas desplegados, los partes militares y una multitud de oficiales pidiendo órdenes: hallábase sobre el teatro de la guerra y en lo mas vivo de su accion, tenia que tomar las mas prontas decisiones, ordenar los movimientos de los hospitales, de los almacenes y establecer líneas de operaciones. Necesitaba leer, cuestionar, comparar, en fin hallar y conocer la verdad que siempre parece huirse y ocultarse en medio de mil respuestas y avisos contradictorios.

No era el todo esto: Napoleón en Vilna tenia un nuevo imperio que organizar, la política de la Europa, la guerra de la España y el gobierno de la Francia que dirigir. Su correspondencia política, militar y administrativa le llamaba imperiosamente; pues la habia dejado acumular desde muchos dias segun acostumbraba hacerlo cuando esperaba un gran suceso que decidiese de muchas respuestas análogas. Entró pues y se arrojó sobre una

cama, menos para dormir que para meditar en reposo; no tardó en levantarse como sobresaltado, y dictó rápidamente las órdenes que acababa de concebir.

Entonces vinieron noticias de Varsovia y del ejército austriaco: el discurso de apertura de la dieta de Polonia desagradó al emperador, y arrojándolo dijo: « Esto es francés y se necesitaba polaco. » En cuanto á los Austriacos no se le disimuló que en todo su ejército no debía contar mas que con el gefe; esto pareció serle suficiente.

CAPITULO III.

Todo removía en el fondo de los corazones lituanenses un patriotismo vivo aunque envejecido; de una parte la súbita retirada de los Rusos y la presencia de Napoleón, de otra el grito de independencia que había aclamado Varsovia, y sobre todo la vista de estos héroes polacos que entraban libres en aquel suelo de donde habían sido desterrados con la libertad: así los primeros días todo fué alegría, la felicidad pareció general y los desahogos universales.

Por todas partes parecían reinar los mismos sentimientos, en lo interior de las casas, en los balcones, en las plazas públicas y hasta en los caminos, se felicitaban y se abrazaban. Los ancianos parecieron vestidos con su antiguo traje que